

GEOGRAFÍA

Editor Jaime Incer Barquero

incerjaime@gmail.com

Geografía e Historia son complementarias; por ellos muchas universidades tienen facultades de **“Geografía e Historia” bajo el mismo rector. Por esa misma razón tenemos una Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.** La publicación en 1964 de la *Geografía de Nicaragua* (Terán, Francisco, y Jaime Incer Barquero. Managua: Banco Central de Nicaragua, 1964), marcó un hito en nuestros conocimientos geográficos. Fue la primera geografía realmente científica que se publicó en el país.



Jaime Incer Barquero.

La Geografía juega un papel importante por los recursos naturales y la valoración social, económica y cultural de sus diferentes regiones. En ninguna otra sección de la Revista se puede valorar y sopesar la importancia de los 153 municipios, y las dos regiones autónomas. La geografía estudia la superficie de Nicaragua, las sociedades que la habitan y los territorios, paisajes, lugares o regiones, que la forman al relacionarse entre sí.

Publicaremos en esta sección ensayos geográficos. Del libro *Viajes, Rutas y Encuentros 1502-1838* publicaremos: Capítulo IV. Etno-geografía de la región conquistada, pp. 87-117; Capítulo X Misioneros en la boca de la montaña, que trata sobre las misiones franciscanas en la Taguzgalpa y Tologalpa a principios del siglo XVII. Capítulo XIV. Inventario de los pueblos a mitad del siglo XVIII, pp. 403-434; Capítulo XVII. Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos, pp. 489-512; Capítulo XIX. Viajeros y pueblos en la época post-independiente, pp. 543-562.

Igualmente podemos incluir en la revista las “Toponimias Indígenas de Nicaragua”, versión que actualmente estamos revisando, ampliando y actualizando, habiendo concluido la sección correspondiente a las toponimias mexicanas, acompañada con mejores mapas; sección que vamos a reproducir una vez publicada toda la obra, según espero en unos tres meses. Espero revisar y concluir la sección que corresponde a las toponimias ulúa-matagalpas y sumus-

mayangnas, quedando pendientes las toponimias miskitas para principios del año entrante y las pocas que he logrado identificar sobre los Rama y Guatusos.

Hace pocos días la Academia de Geografía e Historia, con el apoyo del **Gran Ducado de Luxemburgo, dio a conocer el libro de Eduard Conzemius: "Estudio Etnográfico de los Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua", para conmemorar los 100 años de la visita de su autor a la Mosquitia.** Esta obra es una traducción mía, tras ser descubierta y extraída de un boletín póstumo de la Smithsonian, institución donde en 1988 estuve realizando información sobre todas las erupciones volcánicas registradas en Centroamérica, a partir de la conquista hasta 1924.

El libro de Conzemius fue publicado por Libro Libre, de Xavier Zavala, el cual no pudo divulgarse en Nicaragua en aquellos años sandinistas opuestos a la orientación política de esa editorial. Posteriormente fue reproducida y mejor editada por la Colección Cultural de la Fundación Uno, que por alguna razón no fue ampliamente divulgada, sino hasta esta fecha gracias al respaldo y apoyo de Luxemburgo.

Esta obra pionera podía ser publicada y divulgada por la Revista cuando así lo consideres. Desafortunadamente la Fundación Uno vendió toda la colección existente al Banco Central, sin indagar su destino. El Banco la embodegó en el sótano de sus oficinas en León, sin que conozcamos a la fecha sus destinatarios finales. ■

Inventario de los pueblos a la mitad del siglo XVIII

Jaime Incer Barquero

Reproducido de Incer, Jaime, Viajes, Rutas y Encuentros 1502-1838, pp. 401-433, San José, C.R.: Asociación Libro Libre, 1989

CAPITULO XIV

Las poblaciones en la Nicaragua española de hace dos siglos. Su estado, características y sobrevivencia. —Visita pastoral de Morel de Santa Cruz. —La conquista de los indios Guatusos.

La segunda mitad del siglo XVIII se caracterizó por una gradual transformación de las estructuras coloniales hacia una mejor administración de los asentamientos españoles en América. La población a su vez se estratificó en una clasificación de aceptada jerarquización y subordinación social, en la medida que se reponía del bajón demográfico que el elemento nativo experimentó durante los dos primeros siglos de colonización. Las rebeliones intestinas que pudieran surgir eran pronto aplacadas y las diferencias se limitaban a posturas localistas acerca de quiénes o cuál poblado debería ejercer el poder. El verdadero enemigo en Nicaragua eran las hordas de Zambos, Misquitos e Ingleses que con frecuencia invadían las poblaciones del interior sembrando inquietud y zozobra.

A excepción de las dos ciudades hegemónicas de León y Granada, pocos fueron los centros urbanos poblados por los españoles y sus descendientes criollos acaparadores del poder civil, militar y eclesiástico con influencias, propiedades y riquezas. La situación del pueblo de Nueva Segovia fue más bien inestable por los repetidos asaltos que sufriera de parte del enemigo. El puerto de El Realejo languidecía, su comercio con las otras provincias era muy limitado y la reconstrucción de poco interés después del asalto que sufriera a manos de los piratas. Como excepción, un poblado en el valle de Nicaragua —recién nombrado Rivas— gozaba de envidiable auge por sus numerosas plantaciones de cacao y la ganadería en la vecina Nicoya, ambas actividades con buena demanda en el mercado de la región.

Los demás pueblos estaban conformados por los Ladinos, un grupo nuevo de mestizos de sangre indígena en variable proporción, pero totalmente aculturados bajo la influencia española. No obstante, constituían una población creciente, poseedora de pequeñas habilidades y oficios con insipiencia gremial.

Mulatos (llamados entonces Pardos) y Negros servían en los regimientos de ciertas poblaciones con el objeto de repeler las eventuales invasiones de los enemigos, fresco todavía el recuerdo de los piratas y conscientes de la vulnerabilidad de León y aún más de Granada y sus alrededores ante posibles invasiones zambo—misquitas por la vía del río San Juan y del lago de Nicaragua.

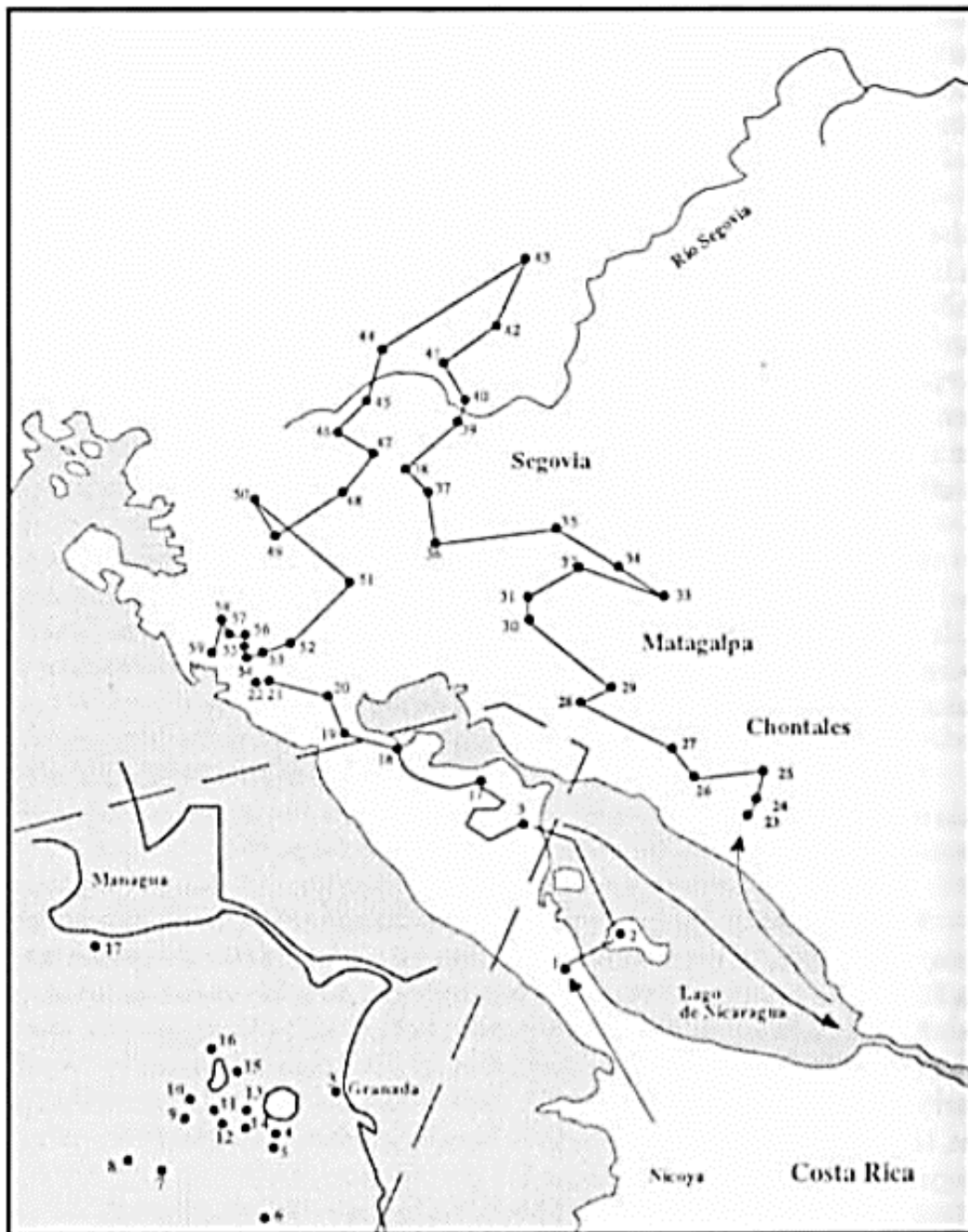
En cuanto a los indígenas propiamente dichos su población había mermado tan baja como 25,000 habitantes a finales del siglo XVII. Su recuperación post—conquista fue lenta y se vio frenada con frecuencia por pestes y hambrunas. La gran mayoría de ellos vivían en pueblos y no en el campo, o bien se congregaba en algunos "barrios" o "parcialidades", junto a las poblaciones hegemónicas, estando todos sometidos a servidumbre o a tributo. Las agrupaciones indígenas poseían tierras comunales alrededor de sus respectivos pueblos, las cuales cultivaban para su subsistencia y para pagarlos tributos exigidos. Aunque las Encomiendas habían sido abolidas en 1731, las sustituyó el Repartimiento, mediante el cual el indígena pagaba a la corona española cierto tributo de lo cosechado, fabricado o extraído del ambiente natural. Su labor no adquirió carácter libre sino lentamente, hasta después de la Independencia).¹

Poca y dispersa es la información recogida acerca del quehacer de los pueblos de Nicaragua en el siglo XVIII, fuera de los sobresaltos y desgracias ligados con las invasiones procedentes de la Mosquitia. La mayor parte de la información sigue archivada, en espera de ser desempolvada e interpretada. Monótona, pobre e ignorada parece haber sido la vida de los pobladores coloniales, sin muchos incentivos, sentido de empresa o creatividad. La visita pastoral que el obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz emprendiera por los

¹ Un estudio completo sobre la tenencia de la tierra y la situación de los indígenas en el siglo XVIII presentado por Germán Romero Vargas en su interesante libro. (Ver Bibliografía).

pueb

los



- | | | | | |
|-----------------|------------------|----------------|------------------|-------------------|
| 1. Rivas | 13. Namotiva | 25. Lovigüisca | 37. Condega | 49. Villa Nueva |
| 2. Ometepe | 14. San Juan | 26. Juigalpa | 38. Palacagüina | 50. Somotillo |
| 3. Granada | 15. Masaya | 27. Comalapa | 39. Comalteca | 51. El Sauce |
| 4. Diriá | 16. Nindirí | 28. Teustepe | 40. Citelpaneca | 52. Telica |
| 5. Diriomo | 17. Managua | 29. Boaco | 41. Segovia | 53. Quezalguaque |
| 6. Nandasimo | 18. Mateare | 30. Metapa | 42. El Jícara | 54. Posoltega |
| 7. Jinotepe | 19. Nagarote | 31. Sábaco | 43. Jalapa | 55. Posolteguilla |
| 8. Diriamba | 20. Pueblo Nuevo | 32. Matagalpa | 44. Mozonte | 56. Chichigalpa |
| 9. Masatepe | 21. León | 33. Muymuy | 45. Totogalpa | 57. Chinandega |
| 10. Jalapa | 22. Subiava | 34. San Ramón | 46. Tepepomotó | 58. El Viejo |
| 11. Nandasmo | 23. Acoyapa | 35. Jinotega | 47. Yalagüina | 59. El Realejo |
| 12. Niquinohomo | 24. Lóvago | 36. Estelí | 48. Pueblo Nuevo | |

Figura 42.- Itinerario del obispo Morel de Santa Cruz en 1752.

habitantes, reflejada en el descuido y desvencijamiento de las iglesias, cuyo ornato el prelado califica a menudo de "indecente". Los templos en aquel tiempo, como en la actualidad, representaban la expresión arquitectónica más destacada de la que cada pueblo podía ufanarse. A diferencia de la bonanza que el país había experimentado antes de la intervención de los piratas, la situación se deterioró durante el siglo XVIII. La descripción del puerto de El Realejo dada por el obispo Morel bien podría aplicarse a todo el país: "Parece, en fin, que la población en lo antiguo tuvo algún lustre y caudales: hoy en día es un compendio de miserias y respiradero de pobrezas".²

ECONOMÍA COLONIAL EN EL SIGLO XVIII

Además de las aflicciones que sobre Nicaragua recayeron a consecuencia de las invasiones enemigas, la economía colonial padeció en todo momento de serias limitaciones, tanto por la escasa mano de obra como por la falta de capital. Sobrevivencia más que sentido de empresa parece haber sido la nota conforme del siglo.

La actividad agrícola era responsabilidad de los indígenas, cautiva y obediente a los intereses familiares de los grupos influyentes, para quienes la única inversión era la que la naturaleza ofrecía a través del juego de sus elementos. Las mujeres indígenas, por su parte, eran hilanderas y tejedoras del algodón, molenderas de maíz, "chichiguas" o nodrizas.

Los principales cultivos estaban orientados para asegurar la subsistencia básica del día, sin atención a la variedad o abundancia. El comercio con otras provincias se realizaba según las circunstancias y consistía sencillamente en la venta de ganado, cueros, mantas, cacao y añil. El intercambio con España se realizaba a través de Cartagena o La Habana, siendo esporádico y limitado, con mucho riesgo, lo cual incentivaba al contrabando; apenas permitía el pago de los escasos bienes o comodidades que de la Madre Patria se podían esperar.

León era la sede del gobierno de la provincia; contaba además con feraces tierras cultivadas de granos básicos, añil, caña de azúcar, árboles frutales, etc. La producción agrícola vino a compensar la baja económica que sufría la ciudad a causa de la decadencia del puerto de El Realejo, cuya población española original se había trasladado a El Viejo, dejando el astillero en manos de carpinteros y herreros de color. Por su parte Granada, no obstante, los asaltos y reveses sufridos y la insegura salida comercial por el río San Juan, gozaba del beneficio de los cacaotales de Rivas y su influencia se aprovechaba de la ganadería de Chontales

² Ver la Relación del Obispo Morel de Santa Cruz en la Bibliografía del Capítulo.

y de Nicoya. El descubrimiento de vetas de plata en la jurisdicción de Nueva Segovia en 1735 no contuvo la desbandada de la población (Ciudad Antigua), realizada a lo largo del siglo, provocada por las invasiones de Zambos y Misquitos. Gran parte de la gente se movió a Estelí y el resto fue a poblar El Ocotal alrededor de 1789, a instancias del obispo Juan Félix de Villegas, para contrarrestar la decadencia de aquella población.

La producción doméstica se centraba en torno a los cultivos de primera necesidad: maíz, frijoles, arroz, plátanos, caña de azúcar y frutales. La actividad a manos de los indígenas era supervisada por los mestizos que actuaban como capataces en el área rural, o se desempeñaban como artesanos o buhoneros en los pueblos. Los obrajes de añil funcionaban en las planicies de León y Chinandega, aunque el producto no era tan competitivo como el índigo salvadoreño. A los indios les estaba vedado beneficiarse del cultivo y su labor proscrita en el proceso de extracción del tinte.³

Algunos indígenas tenían a cargo cierta actividad artesanal, como la fabricación de mecates de cabuya, la tintura de los paños de algodón, trabajos de alfarería, cestería y curtiembre. Eran además acarreadores de agua, zacate, leña, fardos de tabaco, brea. También se les utilizaba como carreteros, muleros, tayacanes, canteros, etc. Al respecto de los múltiples servicios que proveían los indígenas, el historiador nicaragüense Germán Romero escribe lo siguiente: "Paradójicamente, a pesar de su aportación al sostén de la economía de la provincia en que vivía, el indio, en tanto que individuo, no tenía prácticamente nada".⁴

El cacao de Rivas gozaba de excelente reputación y demanda; su calidad lo hacía competir con el de Soconusco y Matina. El pueblo del Valle de Nicaragua fue elevado a categoría de villa en la primera mitad del siglo debido a la prosperidad del cultivo. Hacia el año de 1778 la tercera parte de la población española urbana del país se había mudado a la floreciente villa, entonces rodeada por más de trescientas plantaciones de cacao.

El cultivo de los frutales y huertos se benefició con la introducción de ciertos árboles como el de tamarindo, la fruta de pan y el mango, además de algunas especies como la canela y pimienta negra. La caña de azúcar también tenía su importancia: algunos regadíos y trapiches existían en las vecindades de León, pero el procesamiento estaba orientado principalmente a la obtención de aguardiente. El tabaco en el norte del país sufrió de serias limitaciones, llegando

³ Lejos de ser una provisión discriminatoria, la medida evitaba que los indios machacaran con sus pies las hojas del jiquelite y padecieran de una enfermedad de la piel que se adquiría por el continuo contacto con la tintura.

⁴ Ver libro de Germán Romero Vargas. p. 85.

hasta prohibirse el cultivo en Segovia para reducir el contrabando con las posesiones inglesas del río Tinto y Cabo Gracias a Dios.⁵

La ganadería, por otra parte, se mantuvo en franca expansión y fue un gran factor de colonización hacia la región central del país, donde los pastos permanecían verdes por mayor tiempo. El área de potreros se incrementó hacia el borde de la selva, a despecho de las frecuentes invasiones enemigas a los pueblos de Matagalpa y Chontales. Esta última región se abrió como más propicia para la crianza del astado. A mitad del siglo contaba con cien mil cabezas de ganado. Una de sus haciendas —La Jaén— entre los ríos Oyate y Tepenegasapa poseía un tercio de esa población vacuna, distribuida en mil caballerías de tierra, (unas 41,000 hectáreas). De Chontales salían los hatos a las ferias de Chalchuapa y Jalpatagua, en El Salvador y Guatemala, no obstante, las distancias y riesgos que imponía la jornada. Problemas como el destace local, la morriña y el abigeato siempre pusieron limitaciones al desenvolvimiento pleno de esta noble actividad.

Las industrias de Nicaragua en el siglo XVIII consistían principalmente en la elaboración o extracción de cueros, sebos, mecates, hilados, lonas, resinas, tinte de caracol, etc., realizadas por los indígenas en pago de tributos. La industria de la ropa de algodón, sin embargo, decreció a mediados del siglo cuando se suspendió la obligación de las mujeres indígenas de pagar con hilados el tributo.

LA VISITA PASTORAL DE MOREL DE SANTA CRUZ

Una interesante y valiosa relación sobre la situación de los pueblos de Nicaragua a mitad del siglo fue escrita por el obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, quien asumió la sede episcopal de Nicaragua y Costa Rica entre 1751 y 1753. No obstante, su corta permanencia en el país, (pues fue nombrado obispo de Cuba poco después), ocupó buena parte de su tiempo en visitas a los pueblos de la diócesis en ambas gobernaciones.

Diligente fue el obispo en evaluar el estado de las iglesias, atención religiosa y devoción de la feligresía. Realizó en efecto un minucioso examen del estado de los templos, altares y ornamentos. Evaluó la situación de las doctrinas en cada lugar visitado. Promovió procesiones de penitenciaro de los fieles se mortificaban cargando cruces o dándose con un flagelo. Confirmó y sermoneó a multitud de fieles, la mayoría de los cuales no había visto nunca a un dignatario eclesiástico de tal categoría.

En cada población visitada el obispo determinó el número de casas de teja y de paja, las familias que las habitaban y las personas "de confesión y comunión".

⁵ Una interesante relación sobre la producción colonial del país la ofrece Linda Newson en su libro: *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. Capítulo 13.

El prelado fue posiblemente uno de los primeros en levantar estadísticas sobre la población de Nicaragua, adelantándose con sus cifras al censo ordenado por el gobierno español para todo el Reino de Guatemala veintiséis años después, el cual arrojó unas 107,000 personas en la parte de Nicaragua sometida a la jurisdicción española.

La Relación de Morel de Santa Cruz ofrece además interesantes descripciones sobre la geografía física, el clima, el suelo, la producción en cada uno de los sitios visitados. En algunos de los párrafos muestra el obispo su rigor de estadístico, tal cuando hace el inventario de las haciendas y plantaciones de Rivas, con sus cinco trapiches, 21 hatos, 310 haciendas de cacao, 677,730 "casas de cacao nuevas y fructíferas que a razón de dos árboles cada una componen un millón trescientos cincuenta y cinco mil cuatrocientos cincuenta árboles de cacao".⁶

Las descripciones no carecen de cierta elegancia literaria. El obispo, por ejemplo, al elogiar la bondad y vigor del clima de León a pesar de la calidez estival del lugar, anota lo siguiente: "Las aguas son también delgadas y provechosas: el cielo despejado y alegre, y por último el temple en medio de suspensiones es tan saludable, que se haya autorizado de muchas canas y edades muy avanzadas".

Después de ocho meses de misionar por la diócesis, Morel de Santa Cruz envió al rey de España, Fernando VI, una completa relación de su visita apostólica, a la cual también describe como "Topográfica, Histórica y Estadística de todos los Pueblos de Nicaragua y Costa Rica".⁷

Según se deduce del itinerario escrito en la relación, el prelado ingresó a Nicaragua en enero de 1751 después de haber visitado Costa Rica, cruzado por una montaña de ocho leguas "muy áspera y enfadosa" y vadeado repetidamente un río, (obviamente las faldas del volcán Orosí y el río Sapoá), donde daba comienzo entonces la provincia. Luego de recorrer los pueblos del fértil valle de Rivas, quedarse en Granada por dos meses, entretenerse en los pueblos indígenas de Masaya, del actual Carazo y de Managua, arribó a León en septiembre del mismo año donde fue recibido con muchas demostraciones y regocijo de los feligreses.

Cuatro meses después, el obispo viajero volvió sobre sus pasos hasta Granada, donde manifestó su deseo de navegar por el lago de Nicaragua, "[...] una laguna que merece ser colocada en el catálogo de las más célebres del

⁶ La tradición del cultivo del cacao en la región de Rivas se remonta al tiempo cuando los Nicaraos arribaron al lugar en el siglo XII D.C.

⁷ Las citas a continuación son tomadas de la Relación de Moret de Santa Cruz, reproducida en la Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano. No. 82. Julio, 1967.

universo", pasar al río San Juan y visitar la fortaleza de El Castillo. De regreso desembarcó en las islas de Nancital y se dirigió a

Acoyapa y otros pueblos de Chontales que habían sufrido recientes ataques de las hordas zambo—misquitas. Luego se encaminó hacia el norte por los pueblos de Matagalpa y Segovia hasta los confines de Jalapa, también amenazada por los Jicaques de la montaña. De vuelta a León pasó por varias poblaciones, entre ellas Somoto, El Sauce, Chinandega y El Realejo, arribando a la sede episcopal en agosto de 1752 después de siete meses de ausencia.

Las visitas pastorales del obispo Morel de Santa Cruz resultaron en una inolvidable experiencia, en especial para aquellos pueblos nunca antes recorridos por un dignatario eclesiástico. En su itinerario por llanos y montes, subiendo cuevas y vadeando ríos, venían los fieles a recibirle en procesión, con cruz y estandarte, arcos y flores, tambores y chirimillas, al ruido de los vítores y explosión de "boladores". Asombraba al prelado aquel gentío que salía por los caminos al "tope" de su obispo, sentado en su silla, cargada en andas sobre los hombros de devotos penitentes, en medio de feligreses que se disputaban el honor de alcanzarla mano del prelado para besarla, o de la gente que salía de sus chozas a regar flores o permanecer de rodillas en espera de una bendición al paso del cortejo episcopal.

Escribe el obispo:

"En suma no se si darían pueblos más dulces y reverentes hacia su Prelado: varias veces he firmado y ahora lo repito, que los más civilizados y sometidos, se contentarían con igualarlos... Pareceame en cada pueblo, que en otro ninguno se me tributarían iguales honores, ni expresiones más particulares de afecto".

No es posible aquí reproducir toda la riqueza informativa que el obispo Morel de Santa Cruz anotó durante sus dos visitas pastorales. Por primera vez se encuentra en la crónica una descripción sistemática de los principales pueblos de Nicaragua. Sus observaciones valen como pioneras para esas poblaciones casi borradas de la historia colonial del país, no obstante haber transcurrido casi dos siglos y medio entre la conquista y la visita pastoral.

Se incluye, a continuación, una breve descripción que sobre cada pueblo dejara el obispo encuestador y periodista, destacando los comentarios relativos a las más interesantes y curiosas observaciones durante su visita.

RIVAS, OMETEPE Y GRANADA A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII

Siguiendo el orden cronológico del itinerario pastoral, Morel de Santa Cruz describe las poblaciones siguientes:

La Villa de la Purísima Concepción de Rivas, en el antiguo Valle de Nicaragua, fue elevada a esa categoría el 27 de julio de 1717 por el Presidente de Guatemala, el Maestre de Campo Don Francisco Rodríguez de Rivas, cuyo segundo apellido la pujante población adoptó. No obstante, tuvo su embrión unos cien años antes cuando ciertos granadinos se trasladaron al Valle para mejor atender sus haciendas de ganado y plantaciones de cacao. Los vecinos visitaron al Capitán General en Guatemala al tiempo que habían levantado la primera iglesia en el Valle, que luego fue erigida en parroquia con su cura. Rodríguez de Rivas les autorizó además a formar cabildo y nombró alcaldes y otras, autoridades.

Cuando el obispo Morel la visitó, treinta y cinco años después, la población estaba floreciendo: tenían templo de tres naves, plaza, casas de ayuntamiento con portales, cuatro calles en cuadro y cien casas de tejas. La rodeaban doce villorrios, conocidos con título de barrios: Aposonga, San Esteban, Popoyuapa, Potosí, Apompuá, Obraje, Buena Vista, San Antonio, Nagualapa, Chiata, Los Cerros y San Juan de Tola. Formaban en conjunto "[...] una hermosa y continuada población de caseríos y haciendas de cacao", que se extendían por cuatro leguas y que según el obispo contaban con 4,534 personas "de confesión y comunión".

La vida económica de la región dependía principalmente del cacao, la ganadería, algunos trapiches, salinas y caleras.

El Pueblo de Nicaragua, (hoy San Jorge), era la antigua residencia del cacique Nicaragua. Consistía en una población de indios, ladinos y algunos españoles: 1,561 habitantes en total, dedicados al cultivo del cacao, a labrar madera de finísimos cedros y teñir con múrice las fibras de algodón. El pueblo parecía no beneficiarse de su posición a orillas del lago de Nicaragua, pues según el obispo "[...] su situación podría ser la más divertida, porque el terreno es llano y a tres cuerdas termina en la laguna; pero el monte le priva de la hermosa vista de ella y hace melancólico el lugar".

La Isla de Ometepe, de nueve leguas de largo y cuatro de ancho, tenía dos poblaciones: Moyogalpa, "a tiro de fusil" del lago, era un caserío de ladinos con no más de sesenta personas; Astagalpa, (nombre convertido luego en Altagracia), y la vecina parcialidad de Cosonigalpa (Cosolingalpa) estaban separadas por una calle. No obstante, la vecindad entre ambas, la primera era cálida y la otra templada, al extremo de criarse en ésta árboles de paste. La población sumaba unas 85 personas entre indios y ladinos, los cuales hablaban la lengua náhuatl, como sus antecesores del tiempo de la conquista.

La población de la entera isla era mayor que la sumada de sus dos pueblos, pues el obispo logró confirmar a 586; posiblemente incluía a todos los moradores que tenían la edad y aprovecharon la visita del prelado para recibir el sacramento. Los isleños eran hombres robustos y más capaces en la navegación que los de tierra firme. En el otro extremo de la isla existía una reducción (San Francisco de

La Madera) formada por 39 Caribes Solentinames, establecida pocos años antes de la visita de Morel. Un documento fechado veinte años después cita a estos indios quienes, para no pagar tributo, escaparon de la isla y fueron a establecerse



Figura 43.- Iglesia de La Merced, herencia de la arquitectura colonial en Granada. (Squier).

a la hacienda La Jaén, en la costa de Chontales, junto a la desembocadura del Tepenaguasapa.⁸

La riqueza de Ometepe consistía en ganado, cacao, maíz, verduras, arboles frutales y una especie de junco con que los indios elaboraban ciertos artículos que llevaban a vender a Granada. Menciona Morel de Santa Cruz que la isla no poseía sabandijas ni animales ponzoñosos⁹

⁸ Documento A.I. 12.1 (b) 1772 MS 642-78. Archivo General de Centroamérica, Guatemala.

⁹ La ausencia de animales carnívoros en la isla volcánica de Ometepe se debe obviamente a su origen geológico reciente, posterior a la formación del gran lago. Algunos mamíferos, como venados, monas y armadillo, fueron llevados seguramente a la isla por los primeros pobladores. Otra fauna terrestre de menor estampa —incluyendo una especie de coral—debió arribar en balsas de

La visita del obispo a Ometepe debió haber constituido un hecho sin precedentes en la historia de la isla, a juzgar por las manifestaciones de pesar que los feligreses le expresaron a la hora de la partida: "Me despedí de ellos y les di mi bendición: acompañaronme hasta la playa tan llorosos y penetrados del dolor de mi ausencia, que no contentos con besarme la mano en tierra se arrojaron a la laguna a lograr segunda vez el gusto que manifestaban con semejante función".

Con viento flojo en la mañana y tempestad por la tarde, desembarcó el obispo en Granada después de once horas de navegación.

Granada estaba en medio de un llano arenoso y seco; su clima cálido era mitigado por la brisa lacustre. Tenía ocho calles —siendo la principal la de Jalteva, de ocho cuadras— con cuatrocientas casas de teja y doscientas de paja. La población urbana y los alrededores sumaban 5,058 habitantes de confesión y comunión. La ciudad estaba dotada de siete iglesias; la más elegante era la parroquia, de cal, piedra y ladrillo, frente a la plaza. Poseía una torre con cuatro campanas y un reloj "de horas y medias" que se escuchaban por toda la ciudad.

Morel de Santa Cruz describe con mucho detalle iglesias y conventos, altares, ornamentos, así como otras instalaciones para el servicio de los desamparados. También se refiere a los edificios públicos, entre ellos el ayuntamiento con sus portales frente a la plaza mayor, el cual llenaba las funciones conjuntas de cabildo, cárcel y carnicería, sin contar con el mercado de verduleras y otros expendios instalados bajo los portales.

Morel de Santa Cruz opinaba: "Esta ciudad sería sin duda la más opulenta del Obispado a no haberle acaecido la desgracia de ser saqueada tres veces, las dos por el mencionado río de San Juan, la tercera fue por Escalante".¹⁰

Comenta también el obispo que debido a la presencia de Zambos y Misquitos cerca de la desembocadura del San Juan, el comercio de Granada había decaído en los veinte años anteriores a su visita. La solución de proveer escolta militar a los barcos comerciantes, o más bien a las "chatas" que navegaban por el río, era costosa con relación al lucro que el negocio producía. Dos galeras que se habían construido para tal efecto yacían ociosas, salvo por el viaje que cada dos meses realizaban al río cuando llevaban provisiones a la guarnición acantonada en la fortaleza.

A consecuencia de haberse cerrado para el tráfico la ruta del Caribe, los mercaderes granadinos se suplían de Guatemala, de donde les venían artículos de vanidad: "Tienen sus casas adornadas de pinturas primorosas con marcos dorados

vegetación flotante, descargadas por los ríos de Chontales durante las inundaciones y empujadas por los vientos alisios en dirección a la isla

¹⁰ Ver Capítulo XII de esta misma obra.

y las demás alhajas correspondientes; ruedan calesas, se ven pelucas, brocados, tiznes, franjas y un tren muy aparentado. No sé, en fin, si las apariencias se conforman con las realidades".

En la jurisdicción de Granada existían 11 trapiches para moler la caña de azúcar, 52 fincas de ganado, 20 plantaciones de cacao y 18 chacras, labores de maíz y otras sementeras.

LOS PUEBLOS DIRIANES

El obispo pasó a visitar las poblaciones vecinas de Granada, entre ellas los pueblos gemelos de Diriá y Diriomo, una colección de chozas pajizas entonces separadas por cinco cuadras. Estaban situados en un llano montuoso, donde cultivaban sus sementeras los indios —posibles descendientes de los antiguos chorotegas— siendo la población de 238 y 713 habitantes respectivamente. Durante la revista pastoral el prelado advirtió el deterioro de ambas iglesias, maltratadas por un terremoto acaecido en 1739 que las dejó en un estado "que respira indecencia y pobreza".



Figura 44.- La iglesia de Subtiava, uno de los templos más antiguos del país, considerada como la "Dama del Obispado" por Morel de Santa Cruz. (Squier).

Nandaimé era un pueblo de indios y ladinos, con algunos mulatos que servían en el regimiento, completando una población de 604 en total. El ambiente de los alrededores era montuoso, cálido y húmedo. Un ojo de agua perenne abastecía a los moradores y la actividad agropecuaria era una extensión de lo que producía Granada.

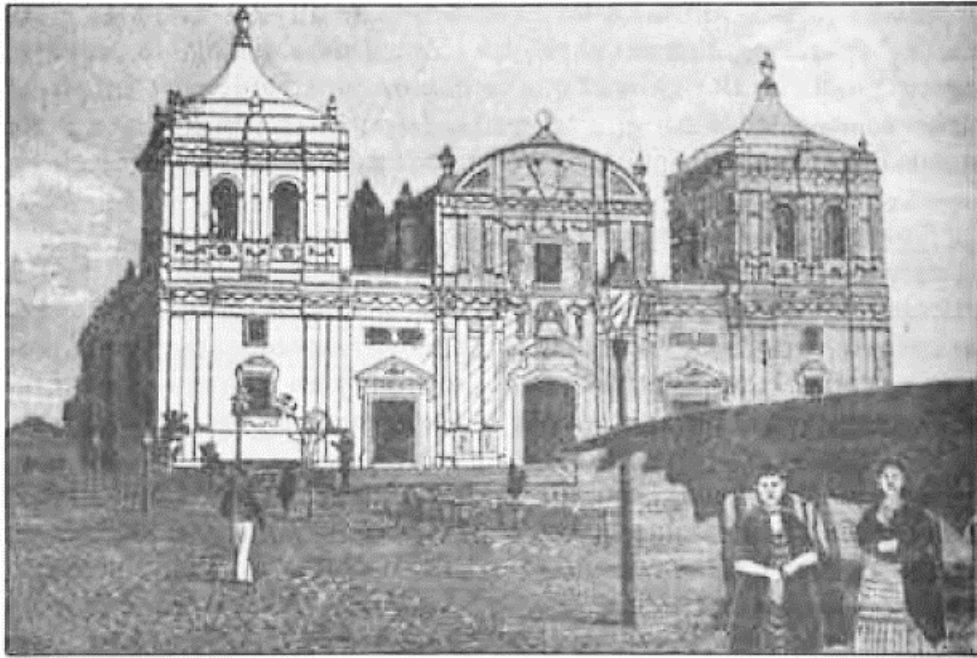


Figura 45.- El obispo Morel impulsó la construcción de la gran catedral de León, iniciada por su predecesor en 1747, pero se requirieron 70 años para concluirla. (Menocal-Comisión Canalera).

Jinotepe y *Diriamba*, entonces modestos villorrios, tenían unos 300 moradores cada uno, distribuidos en unas cincuenta casas pajizas por cada lugar. Las iglesias, bajo los titulares de Santiago y San Sebastián respectivamente, estaban a medio levantar, pero ofrecían al menos sacristía de tejas. El clima en ambos lugares era frío y húmedo; en el verano se secaban los ojos de agua, teniendo los moradores que abastecerse de un río situado a dos leguas y media. Los diriambinos beneficiaban el hilo de algodón, tiñéndolo con el tinte de un caracol de las costas del Pacífico.

Los tres siguientes pueblos visitados, Masatepe, Jalata y Nandasmó, tenían una población de 700, 70 y 135 personas respectivamente. El obispo se dedicó a constatar el estado de sus iglesias, por lo general pobres y escasas de ornamento. El clima de entonces era frío y húmedo, pero saludable por los vientos que despejaban el cielo. Sufrían los moradores la molestia de bajar por los barrancos para tomar agua de la laguna de Masaya, esfuerzo únicamente compensado por la buena pesca que levantaban de sus aguas.

Niquinohomo y los dos Namotiva (Catarina y San Juan de Oriente), eran pueblos de indios de 1,093, 900 y 229 habitantes cada uno. Contrariamente al estado maltrecho de los otros templos visitados, la iglesia de Niquinohomo era "en el ornato y decencia la primera del obispado", de tres naves, con retablos dorados, ornamentos de oro, sagrario y baldoquin de plata muy pulidos y costosos». ¹¹

Junto a estos pueblos, donde existían algunos trapiches y sementeras, se encontraba la laguna de Apoyo: "E...] su agua es salada como la del mar—indica el obispo— con quien se comunica por algún conducto subterráneo, respecto de haberse encontrado en ella cables y otros despojos de embarcaciones, siendo así que ni aún canoas la trafican".

El pueblo de *Masaya* era muy populoso, con 6,024 habitantes, la gran mayoría indígenas, organizados en cuatro barrios o parcialidades: Diriega, Monimbó, San Sebastián y Guillén. Tenía 31 casas de tejas y 1,235 ranchos pajizos esparcidos entre árboles y platanares. El gobernador (o más bien Corregidor) residía en la ciudad, asistido por un alcalde de ladinos y cuatro de indios.

La laguna del mismo nombre se abría a las orillas, con dos leguas de extensión y una de anchura; de sus aguas se suplían los habitantes con mucho trabajo. En la jurisdicción existían catorce haciendas de ganado, diez estancias de chagüite, maíz, algodón y cinco trapiches.

Unas seis mil personas "de todos colores" vivían en el siguiente pueblo: Nindirt, que constaba con 250 ranchos pajizos metidos entre árboles y platanares. Los moradores también extraían el agua de la laguna vecina, bajando por los farallones que la circundan. Los alrededores estaban sembrados de pequeñas huertas escasamente cultivadas con maíz, verduras y frutales; no existía más hacienda de ganado que la de Cofradías.

La jurisdicción de *Nindirí* abarcaba desde el cerro Coyotepe hasta el Malpaís (hoy Piedra Quemada), y desde el trapiche de El Zapotal hasta el cerro del Potrero: "éste es un volcán que en el siglo pasado reventó y arrojó gran cantidad de fuego; al presente se descubren sus ruinas y a la falda se coge azufre en abundancia". ¹²

UN PUEBLO DE PESCADORES LLAMADO MANAGUA

¹¹ la iglesia de Niquinohomo fue construida en 1689 y es una de las más grandes y mejor conservadas, (si no la más antigua todavía en pie), de la época colonial.

¹² Se refiere a la erupción del volcán Masaya en 1670, cuando una corriente de lava rebasó el cráter accidental, (hoy llamado Nindirí, bajando unos tres kilómetros sobre la ladera norte del cono. Sus restas pueden observarse a la derecha de la cuesta que actualmente asciende hasta el borde del moderno cráter Santiago. Esta colada de lava no debe confundirse con el más extenso derrame de Piedra Quemada que tuvo lugar en 1772.

"Su situación es lo más alegre y deleitable que puede contemplarse — describe el obispo Morel a su llegada a la siguiente población— tiénela a las orillas de una laguna que a la primera vista parece el mar... Los naturales de Managua defienden como regalía propia el ejercicio de la pezca en las riberas de su pueblo".

La jurisdicción de Managua corría a lo largo de la costa sur del lago, desde el volcán Momotombo hasta Tipitapa, por donde las aguas salían rumbo al lago de Nicaragua. Según el obispo éstas no estaban sujetas a crecientes ni menguantes, pero en tiempo de tormenta las olas se agitan. Van como las del mar. Para evitar las zozobras que con frecuencia sufrían los barcos de vela y remo en el lago grande, los "cayucos" en el de Managua no se aventuraban muy adentro, pescando sin apartarse de la ribera.

La población se iniciaba junto a la misma playa. La iglesia parroquial distaba una cuadra de la ribera; consistía en tres naves sobre horcones, con paredes de adobe y techo de tejas, siendo el apóstol Santiago el santo "patrono" del pueblo. Carecía el templo de torres, como sucedía en casi todas las iglesias de los pueblos pobres, de modo que las campanas colgaban de una solera en un cobertizo lateral. Otras iglesias eran las de Veracruz, San Miguel, San Mateo y San Sebastián, que servían a los barrios de Telpaneca, Cuastepe y Masagalpa, cada uno con su propio alcalde. Las casas de tejas eran nueve, incluyendo la que servía de cabildo; el resto, unas 450, chozas de paja dispersas. La población la formaba una mezcla de ladinos e indios, sumando en total 4,410 habitantes.

Estaba el pueblo situado en un llano plano, cálido y seco. La temperatura era templada por la brisa lacustre que corría después de mediodía, pero al caer la noche el calor apretaba con los "vapores de fuego" que el obispo creía tenían su origen en el volcán Momotombo. El prelado también menciona las seis lagunas en las cercanías de la población, sin dar sus nombres. Dos eran de agua salobre (Apoyequé y Nejapa) y cuatro dulces (Tiscapa, Asososca, Acahualinca y Jiloá).

En el camino hacia León el obispo Visitó tres poblados. El primero, Mateare, a seis leguas de Managua, situado también junto al lago; lo habitaban unos 90 indígenas. Presentaba la costa tan cubierta por el monte que el obispo ordenó despejarla para que la brisa refrescara el lugar. Cinco leguas más allá estaba Nagarote y un poco más adelante Pueblo Nuevo, (San Nicolás, hoy La Paz Centro, fundada en 1651), con 311 y 214 habitantes respectivamente entre indios y ladinos. Las iglesias eran de tejas y de tres naves, pobremente arregladas. En los alrededores existían 62 haciendas de ganado y un trapiche.

EN LA VIEJA SUBTIAVA Y EN LA NUEVA LEÓN

Vecina a la ciudad de León estaba Subtiava, antigua población de indios Maribios, junto a la cual se fundó la nueva ciudad después que un terremoto destruyera en 1609 el primer asentamiento fundado por los españoles.

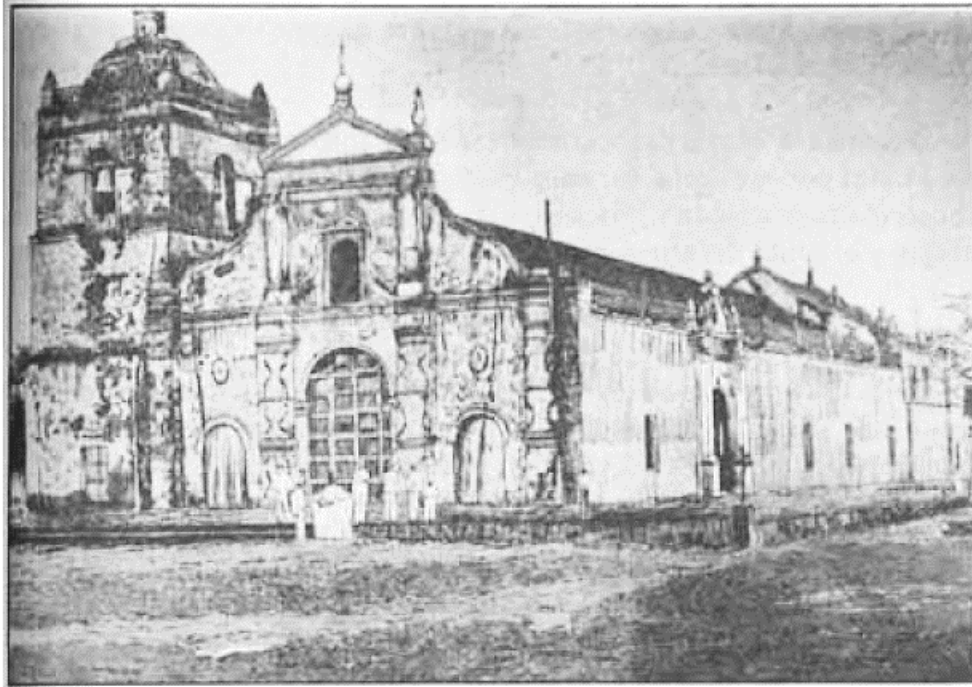


Figura 46.- La iglesia parroquial de la Asunción de Diriega, en Masaya, presenta una torre desproporcionada, según opinaba el obispo Morel de Santa Cruz, con un cimborrio de bóveda. (Menocal-Comisión Canalera).

Al tiempo del arribo del obispo Morel de Santa Cruz la ciudad se había extendido hacia el oeste e incorporado a Subtiava como un barrio, con sólo una calle interpuesta (llamada La Ronda), "que las divide en lo espiritual y temporal", según observaba el obispo. No obstante, Subtiava era entonces cabecera de Corregimiento, con 874 casas pajizas dispersas, 6 iglesias y 4,120 personas de confesión y comunión. Su templo parroquial, (terminado en 1710), era el más grande y capaz de todo el obispado, en esa época cuando la construcción de la gran catedral de León estaba en sus arranques. Con la acostumbrada minuciosidad con que describía las iglesias que visitaba, Morel menciona la de Subtiava de la siguiente manera:

"La parroquial tiene por titular a San Juan, y es la más capaz y primera del obispado. La capilla mayor, laterales y bautisterio son de bóvedas con bastante elevación y amplitud: el cuerpo consta de tres naves: la principal, situada sobre horcones de cedro y las dos en paredes de adobes; el techo es de madera y tejas. Ocho altares, cuatro capillas y su sacristía con mucho aseo: retablos, frontales

dorados, ornamentos, torre, portada muy lucida y su cementerio con gradas y enladrillado. Dos torreoncitos a modo de garita situados en la frente que mira a la plaza, la agracian mucho: con efecto, toda ella es tan primorosa que podría servir de catedral".

Los diezmos de los píos habitantes de Subtiava por misas y otros servicios religiosos eran tan abundantes "que este curato por ser el más pingüe, es considerado por la Dama del Obispado", señala Morel. No obstante ser la parroquia más sobresaliente de la Diócesis, el obispo se quejaba de la poca instrucción religiosa de los subtiaveños y del atropello que hacían del idioma español.

Frente a la iglesia se encontraba la plaza mayor, rodeada en los otros tres lados por las casas del cabildo, del cura y del corregidor. Estaban construidas de adobes y teja, con corredores a la plaza, "[...] cuya vista es alegre y el único desahogo que tiene la ciudad para su diversión".

La ciudad de León habla sido fundada junto a un árbol de guásimo en enero de 1609 por los moradores que desampararon el primer establecimiento. Se encontraba en un llano seco y tan cálido en el verano "[...] que desde el mediodía hasta las doce de la noche, corre un ambiente que huele a fuego", al cual contribuían tres volcanes vecinos, Momotombo, Telica y Viejo, según la creencia del obispo; "el resto de las demás horas da sus treguas para respirar". A esta incomodidad se agregaban los truenos y rayos que en el invierno eran tan continuos y terribles que **no había valor para resistirlos" y los terremotos que** obligaban a los habitantes a dejar sus casas y refugiarse en cobertizos improvisados.

La catedral que conoció y describió Morel había sido levantada después del ataque de los piratas en 1685. Su arquitecto fue un prisionero capturado por los leoneses durante aquel evento. Por ser poco espaciosa y oscura, el obispo anterior había iniciado en 1747 los trabajos para erigir un templo más digno, demoliendo progresivamente la vieja estructura para dar paso a la nueva catedral.

Entre los otros edificios que adornaban la ciudad figuraban los templos de San Francisco, La Merced, San Juan de Dios, San Juan, San Nicolás, El Calvario, San Sebastián y San Felipe, además del Palacio Episcopal, el Colegio Seminario y las casas del Ayuntamiento, la Contaduría y Sala de Armas. Algunas de las iglesias y edificios son descritos por Morel de Santa Cruz con cierto detalle. El seminario o Colegio de San Ramón, erigido por el obispo Navas y Quevedo en 1680 estaba integrado por un rector sin pago, un maestro de gramática, un catedrático de moral y ocho estudiantes pensionados. La cátedra de filosofía fue establecida y pagada por el obispo, quien agrega: "El Colegio solamente lo ha sido en el nombre y por este motivo ha rendido poca utilidad a la Catedral, a la República y a la

Juventud". Aquellos que realmente querían aprovecharse de estudios formales tenían que trasladarse a Guatemala a un costo excesivo.

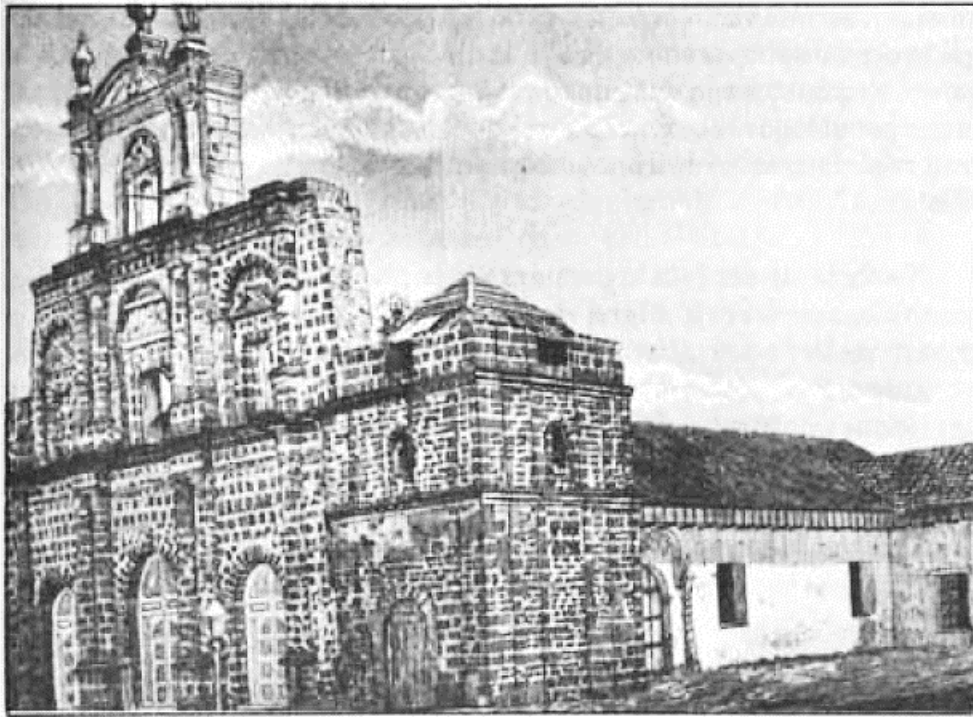


Figura 47.- El templo parroquial de Santiago de Managua se alzaba donde hoy están las ruinas de la Catedral Metropolitana. (Menocal-Comisión Canalera).

Figura 47.- El templo parroquial de Santiago de Managua se alzaba donde hoy están las ruinas de la Catedral Metropolitana. (Menocal-Comisión Canalera).

El cuadro urbano de la ciudad lo formaban nueve calles y once avenidas, siendo la principal la que corría de El Calvario a Subtiava, "en que asiste el bullicio de las gentes y vendedores", por donde rodaban los coches de los más pudientes. La población de confesión y comunión sumaba 5,438 habitantes. Los vecinos, de carácter ahorrativo, vestían con moderación y mantenían descuidado el ornato de sus casas. La tacañería de algunos es denunciada por el obispo en la siguiente confesión: "Ultima-mente, para ser confirmados, se debía traer una vela con su cinta y un real: ni real, ni cinta, ni vela, ni cosa alguna he recibido; y como no les cuesta, ninguno se ha quedado sin este sacramento".

Por otra parte, lo colectado en las visitas pastorales apenas bastaba para pagar a los que cargaban en andas al prelado. Como buen estadístico y administrador Morel llevaba una detallada contabilidad de la curia, del pago de los clérigos, el gravamen de las misas y los diezmos de los fieles de todas las parroquias de la diócesis, según deja traslucir su puntillosa Relación.

En la jurisdicción de León existían 23 trapiches, 142 hatos de ganado, gran número de sementeras y labores de maíz, frijoles y arroz.

VIAJE AL RÍO SAN JUAN Y A CHONTALES

Después de permanecer cuatro meses en la sede de León, poniendo en orden asuntos concernientes a la buena marcha de la curia, el infatigable obispo salió en enero de 1752 rumbo a Granada, donde zarpó en la galera de abastos con destino al río San Juan. Tres días después de navegar por el lago ancló en el puerto de Los Sábalos, aguas abajo de la entrada del río; trasbordó a una piragua que lo llevó a la fortaleza de El Castillo.

No obstante ser ésta la primera visita que un obispo realizaba al río, poca información dejó Morel de Santa Cruz sobre el lugar, dedicando gran parte de la narrativa a los problemas de llevar la ayuda espiritual a la guarnición en tan remoto sitio. El obispo se refiere brevemente a las condiciones naturales del río en la parte que navegó:

1...1 ésta no tiene más diversión que la pezca por ser abundante el pez; en lo demás es melancólica a causa de que los montes son espesos y elevados: las lluvias continuas y los calores enfadosos: últimamente, el río cuyas aguas son gruesas pero sanas, carece de riveras y si por necesidad se toma la tierra es con el sobresalto de ser insultados de alguna víbora".

De regreso al puerto de Los Sábalos el obispo abordó la galera y una vez alcanzado el lago de Nicaragua navegó a vela desplegada a lo largo de la costa de Chontales. En cierto lugar la embarcación fondeó y se atascó por la impericia del timonel, costando no poco esfuerzo y tiempo sacarla del escollo. Aprovechando la brisa matutina desembarcaron sin más novedad en el puerto de Nancital.

Transportado en andas por las llanerías secas de Chontales, después de recorrer siete leguas, el obispo arribó a San Sebastián de Acoyapa, villa de españoles y ladinos, con cuatro casas de teja y 9 de paja. La iglesia era de adobes, de tres naves sobre horcones, con poco ornato. Dos compañías de 138 soldados defendían el poblado de posibles amenazas de los enemigos "caribes", que salían de la montaña distante unas pocas leguas. En la villa y haciendas vecinas vivían unas 1,200 personas que concurrieron a la procesión de penitencia con que sellaba sus visitas el prelado.

Pasó luego el obispo a visitar los caseríos indígenas de Lóvago y Lovigüisca, que sumaban 198 y 258 habitantes respectivamente. Estos lugares habían sido asaltados por los Zambos y Misquitos en varias ocasiones, a tal extremo que los pobladores dejaron sus antiguos asientos para establecerse en las inmediaciones de Acoyapa, sobre un llano abierto para poder detectar a tiempo las incursiones

del enemigo. Por esa razón les servía de iglesia un rancho de paja sin sacristía, con un solo altar.¹³

Juigalpa de la Asunción era un pueblo de indios y ladinos con 34 ranchos y 224 personas de confesión y comunión, un tercio de las cuales formaba una compañía de montados, fusileros y lanceros para la defensa del lugar. En la jurisdicción habitaban unas mil personas al cuidado de 83 haciendas de ganado, tres trapiches y gran número de labranzas. El pueblo tenía una iglesia sin torre, de tres naves y sacristía sobre horcones, con paredes de adobe. Su estado era tan deplorable que "[...] cuanto en ella se toca es indecencia y pobreza", afirmaba el obispo.

San Bartolomé de *Comalapa* era otro pueblo de indios, con 16 ranchos, localizado sobre un terreno pedregoso y montuoso, rodeado de cerros. Al tiempo de la visita pastoral de Morel de Santa Cruz la población sumaba 484 personas, incluyendo a los vecinos de San Francisco de Camoapa que habían sufrido una invasión reciente de los Zambo—Misquitos y Caribes y buscado refugio en el pueblo. La zozobra en el lugar era tal que el cura se retiraba todas las noches con las sagradas formas a una hacienda vecina. No mejor suerte le cupo al pueblo de Santiago de Boaco que fue sorprendido por el enemigo en aquella ocasión, obligando a la población, unos 700, a dejar el lugar y buscar refugio cerca del pueblo de *Teustepe*.¹⁴

San Pedro de *Teustepe* estaba poblado por unos 500 españoles y ladinos; tenía una cierta relevancia en aquel siglo. Su iglesia era mediana, de tres naves, de adobe y teja. La rodeaban unas 40 casas pajizas en medio de un terreno pedregoso, quebrado y lleno de monte. El clima del pueblo, como el de los atrás descritos, era cálido y húmedo pero saludable. La ganadería y diversidad de sementeras constituían la actividad económica más común en todas esas jurisdicciones.

POR LAS TIERRAS DE MATAGALPA Y SEGOVIA

Subiendo y bajando cuestras por quince leguas entre mesetas pedregosas arribó Morel de Santa Cruz y su comitiva al pueblo de San Pedro de Metapa, habitado por españoles, ladinos e indios. Las casas, casi todas de paja, eran unas 120 y los moradores de confesión y comunión 349, más otro tantos formando el

¹³ Estos pueblos fueron invadidos por los Zambos, Misquitos y Caribes en 1747. Morel de Santa Cruz menciona que los asaltantes se llevaron prisioneros a varices indios de ambos sexos. Posteriormente volvieron a ser invadidos en 1768, 1762 y 1782, lo que determinó la extinción de Lovigüisca.

¹⁴ Sobre el asalto al pueblo de Boaco ver el Capítulo anterior.

regimiento. A la procesión de penitencia asistieron, sin embargo, más de 2,600 personas. La iglesia de tres naves, de adobes y teja necesitaba de más cuidado. Las chozas estaban desparramadas en un llano cubierto de hierbas y monte, de modo que el obispo trazó un plano urbano para que los vecinos formasen una plaza y cuatro calles, que fueron bautizadas como San Pedro, San Pablo, San Andrés y Santiago. En los alrededores existían 59 haciendas de ganado, 66 trapiches y gran número de labranzas.

El siguiente pueblo visitado fue Sébaco, que en tiempos anteriores llegó a tener hasta 13 barrios y era cabecera de corregimiento. La población había venido a menos porque estaba plagada de brujos que hicieron del envenenamiento el arte de la venganza. Apenas quedaban 36 ranchos de indios y dos de ladinos y 250 personas de confesión y comunión. No es raro que más de 900 de los moradores de la jurisdicción buscaran ser confirmados por el obispo. La iglesia, consagrada a la Purísima Concepción, era de tres naves con sacristía de adobe y tejas, altares de alguna decencia.

Matagalpa se encontraba situada a media legua de la montaña, en terreno desigual y montuoso, gozando de un clima fresco. Además de la parcialidad homónima la formaban los barrios de Solingalpa y Molagüina. Entre sus haberes estaban una iglesia de tres naves, dos ermitas, 294 casas pajizas y 1,903 personas de confesión y comunión. Como vecina a la montaña la defendía un regimiento armado con dos cañones, 87 fusiles, 43 mosquetes, 12 sables, 48 bayonetas y 107 lanzas, según inventario del meticuloso obispo. Unas dos mil personas concurren a la procesión de penitencia, lo que indica una población relativamente densa en su jurisdicción en aquella época.

Saliendo de Matagalpa, el obispo visitó de paso el pueblo de San Ramón, sin más notoriedad que una iglesia de paja y cien indios. Tras siete leguas de trabajoso camino, atravesando lomas y pedregales arribó a Muymuy, situado sobre una sabana llana, fresca y alegre, con una iglesia muy pobre, cuarenta ranchos dispersos y unos 800 indígenas en los alrededores. Estos eran —dicho sea de paso— los descendientes de aquellas tribus selváticas que en el siglo anterior habían salido de la montaña para someterse voluntariamente a los españoles.

Cuenta el prelado que el pueblo se encontraba anteriormente situado a cinco leguas en dirección a la montaña, pero tuvo que mudarse a un nuevo lugar después de sufrir tres invasiones enemigas. Los moradores vivían en continua zozobra, con centinelas de avanzada para no ser sorprendidos por los Zambos y Misquitos. El obispo adelanta el siguiente comentario al respecto: "causa compasión contemplar estos miserables arrojados de sus casas y posesiones, con

sus parientes prisioneros sin esperanza de verlos y con el justo temor de ser invadidos y experimentar la misma fatalidad".¹⁵

De regreso a Matagalpa, Morel de Santa Cruz se encaminó a San Juan de *Jinotega* por un camino fragoso de cuestras y piedras. El pueblo estaba en el rincón de un valle, azotado por el viento frío que bajaba de la montaña inmediata. El asalto perpetrado por el enemigo diez años antes de la visita episcopal, (aunque Morel habla de cuatro invasiones en los 40 años anteriores), mantenía a la población en angustias, la iglesia en mal estado, sin Sacramento; el cura receloso de caer en manos de los bárbaros. Los habitantes, unos 650, eran indios y ladinos, parte de una población de 1,300 almas dispersas en las fincas y labranzas de la jurisdicción, donde se criaba ganado y cultivaba la caña de azúcar y el trigo.

La villa de San Antonio de *Estelí* tenía "E...] un clima cálido y húmedo: las aguas nocivas y el temperamento mal sano". Se encontraba en medio de un llano pantanoso y triste según la descripción del obispo. La formaban cincuenta ranchos pajizos habitados por familias ladinas originarias de Segovia. En su jurisdicción vivían unas 2,400 personas y existían 53 haciendas de ganado, 20 trapiches y varias labranzas. Tres compañías de caballería compuestas por 350 lanceros la defendían.¹⁶

El pueblo de la Concepción de *Condega* estaba inicialmente habitado por indígenas que después se extinguieron. Fueron reemplazados por la población de mulatos que el obispo visitó. Se encontraba sobre un terreno pedregoso, lleno de monte, circundado por cerros. Poseía unas 50 chozas de paja, clima templado y saludable. La población de la jurisdicción sumaba unos seiscientos.

El pueblo indígena de *Palacagüina* de la Asunción, con unos 300 habitantes, estaba ubicado en un llano extenso, montuoso; el aire fresco, cielo hermoso y aguas salobres.

Siete leguas más adelante e inmediatas a la montaña se encontraban las poblaciones de San Juan de *Sitelpaneca* (Telpaneca) y *Comalteca*, separados apenas por la corriente del río Coco. En la primera se levantaba una iglesia de cal, ladrillo y teja, donde se veneraba la Santa Cabeza del Redentor "[...] que es tenida por muy milagrosa—escribe el obispo—atribúyese a su protección el que

¹⁵ Muymuy (Viejo) fue invadido en 1701. En 1731 pidieron a la Audiencia moverse del sitio por malea -muy peligroso; se trasladaron a Muymuy actual donde fueron nuevamente asaltados en 1747 y 1749 por las hadas de Tambo—Misquitos.

¹⁶ El pueblo tuvo su origen —según parece— en el éxodo de los habitantes de la Nueva Segovia, asaltada a principios del siglo XVIII por los Zambo-Misquitos que subieron por el río Coco. Los vecinos corrieron a refugiarse al valle de Ahuehuespala, nombre antiguo del río Estelí. En cierta ocasión, (posterior a la visita de Morel), las aguas invadieron el nuevo poblado, obligando a la gente a buscar un lugar un poco más alto y seco, donde hoy se levanta la presente ciudad.

este pueblo se haya preservado en todo tiempo de los insultos de los caribes, quienes se hallan a tres leguas de distancia de él y por el río pueden tomarlo sin ser sentidos". La población sumaba unas 600 personas. El pueblo de Comalteca no pasaba de 10 bohíos y 42 personas; desapareció poco después de la visita del obispo.¹⁷

El trayecto al pueblo de *Segovia* (hoy Ciudad Antigua) resultó para el obispo como el más azaroso de su extensa visita pastoral. La Ciudad Vieja fundada por los conquistadores españoles alrededor de 1540 tuvo que ser evacuada 70 años después debido a los asaltos de los Caribes de la montaña y a lo dañino del clima, "[...] que hacía mal lograr a las criaturas recién nacidas". Se fundó la nueva ciudad en un pequeño valle bordeado de colinas y surcado por un río; pero su suerte no mejoró, pues sufrió dos incursiones zambos—misquitas en su nuevo asiento, anteriores a la visita del obispo. Los sobrevivientes entraron luego en disputa, viéndose obligados algunos moradores a dejar el pueblo.

La parroquia era de tres naves con paredes de cal, ladrillo y tejas. En ella se veneraba una imagen de la Asunción, cuyas manos estaban manchadas después de haber curado a un leproso según decía la tradición. El pueblo contaba además con el convento de la Merced, que era una pequeña iglesia levantada sobre una colina, y el hospicio franciscano que desde tiempos del fraile Lagares, su fundador, había sido la base para la reducción de los Caribes.

Contaba la nueva Segovia con casa de ayuntamiento, que servía de cabildo, cárcel y guarnición; once casas de tejas y veinte de paja. La población sumaba 375, "de todos los colores"; estaba defendida por tres compañías de 200 hombres en total, que según la cuenta del obispo disponían de "[...] ciento setenta y tres fusiles, cincuenta cañones organizados de mosquetes y arcabuces, cien garnieles y cartucheras, cincuenta portafusiles, cincuenta bayonetas, doscientas lanzas y lunetas, quinientas libras de pólvora y dos mil balas, tambores y otros pertrechos".

La población no tenía carnicería ni mercado; cada quien se abastecía del alimento que podía obtener en las haciendas vecinas, donde los vecinos preferían vivir no obstante la persuasión del obispo y la propuesta de las autoridades para atraerlos a la ciudad.

A distancia de catorce leguas "[...] muy agrias y trabajosas" en dirección a la montaña se encontraban los pueblos de El Jícaro y Jalapa, nunca antes visitadas por un obispo debido a lo extraviado de su ubicación. El Jícaro se reducía a 25 ranchos entre el monte y 72 dispersos en los alrededores, con una población

¹⁷ Comalteca o Comaltega había sido destruida por un incendio en 1621. Sus habitantes se trasladaron a las orillas de Telpaneca, donde posiblemente sus descendientes quedaron absorbidos por esta población.

aproximada de 600 habitantes. La componían principalmente negros y mulatos, formando en su mayoría una guarnición para mantener alejados a los Caribes de la frontera. "El clima es templado, el cielo alegre, las aguas buenas y con algún oro que se coge en sus arenas", escribe Morel.

Siete leguas adelante de El Jícaro estaba Jalapa, pueblo que en sus orígenes fue de indios, los que se extinguieron y fueron reemplazados por ladinos. La población tenía al tiempo de la visita pastoral 247 personas de confesión y comunión entre indios y ladinos, con sólo cincuenta soldados y seis fusiles para guardar la frontera. Consistía en 20 ranchos ubicados en un lugar de monte y pantano, no obstante que el valle donde se encontraba era de unos campos amenísimos según refiere el obispo. "La Asunción es la titular —comenta Morel— pero sin iglesia, la que hay ni aun sirve para cocina y talvez se ha dedicado para el baile profano de la Sarabanda", refiriéndose a una agitada y picaresca danza de aquel tiempo.

"*Jalapa* es la última calamidad que pueda contemplarse", escribía Morel de Santa Cruz al observar el abandono de su iglesia en construcción y los ranchos sembrados en el monte. La autoridad civil brillaba por su ausencia: en ocho años no había puesto los pies en el pueblo, al extremo que algunos reputaban el lugar como asilo de los forajidos.

El poblado, como el anterior, carecía de cura y los habitantes vivían temerosos de los asaltos de los indios de la montaña, cuya reducción era contraproducente según parecer del obispo, "porque los caribes se inquietan con ella. Sorprenden después a las poblaciones más inmediatas de los indios cristianos, las saquean y se los llevan a padecer una dura esclavitud". Sugería como más útil atender las necesidades espirituales de los pobladores de aquel paraje, en lugar de intentar infructuosas entradas a la montaña con el pretexto de convertir a los indios indómitos.

Regresando sobre sus pasos el obispo Morel de Santa Cruz pasó por San Pedro de *Mozonte*, en un llano alegre y cercado por montes. Sus habitantes eran unos 400. Estaban empeñados en construir una iglesia de cal y piedra para reemplazarla casa de paja que funcionaba como tal; se dedicaban a labranzas, con algunos trapiches y haciendas de ganado.

En el mismo afán por tener un templo decente se encontraba la población indígena de Totogalpa, pueblo de casi 600 habitantes localizado entre cerros. Los feligreses estaban erigiendo una iglesia de tres naves, esfuerzo que llevaba 26 años al tiempo de la visita pastoral.¹⁸

¹⁸ De lo afirmado por el obispo se deduce que la hermosa iglesia de Totogalpa requirió más de siglo y medio para construirse, pues cuando el viajero inglés Thomas Belt pasó por ahí en 1871 los indígenas estaban empeñados en terminarla torre que hoy ostenta.

El pueblo de Santiago de *Tepesomoto*, a continuación, se encontraba en un pequeño llano dominado por altos cerros, de aire fresco, cielo alegre y aguas saludables. Tenía una iglesia de tres naves, sobre pilastras de madera, con paredes de adobe y techo de tejas. Unos cien ranchos constituían el pueblo, cercados por árboles y hierbas. Los moradores eran unos 500 entre indios y ladinos.

Santa Ana de *Yalagüina* era cálida, húmeda y malsana porque las serranías vecinas impedían la libre circulación de los vientos. La iglesia se encontraba en estado ruinoso. Los habitantes indígenas eran un centenar y los ranchos 34 perdidos entre el monte.

El *Pueblo Nuevo* de la Santísima Trinidad, "[...] uno de los más calamitosos que he visto, con unos cerros elevados que lo rodean y causan tristeza", según comenta el obispo, estaba situado sobre un terreno montuoso, cálido y húmedo. Los habitantes eran ladinos, unos doscientos. La iglesia tenía tres naves sobre horcones, con paredes de adobe y techo de tejas, pero en muy mal estado, con pocos altares y los adornos indecentes.

VUELTA A LEÓN Y FIN DE LA VISITA PASTORAL

Bajando de la meseta segoviana, después de dos días de dificultoso camino, el obispo y su comitiva arribaron a Santa María de Villa Nueva, situada en un llano cenagoso, de clima muy cálido y húmedo. La iglesia era de adobe y tejas con tres naves sobre horcones. La población la formaban cuarenta chozas dispersas entre el monte, con unas 600 personas "[...] de todos colores, a la reserva de indios porque no los hay".

A pocas leguas estaba San Pedro de *Somotillo*. Inicialmente se encontraba localizada en la confluencia de los ríos Negro y Dulce Nombre, (hoy Guasaule), pero una inundación arrasó con la mitad de las casas obligando a los moradores a trasladarse un poco aguas arriba. La población original indígena que la componía se había extinguido, siendo reemplazada por mulatos. El lugar era cenagoso y cálido; la iglesia destartada, con un nuevo templo en construcción al tiempo de la visita pastoral; las chozas llegaban a 50 y los habitantes a algo más de 200. La actividad económica se basaba en cierta ganadería y varias sementeras.

El pueblo de *El Sauce* se levantaba en un valle de monte bajo, alegre, fresco y saludable. Los habitantes eran indios y ladinos, unos 400 en total. La población la formaban 33 ranchos y una iglesia grande con sacristía, donde se veneraba como titular al Señor de Esquipulas. La ganadería y varios tipos de labranzas eran las actividades principales de los habitantes.

Otro pueblo donde la población indígena original había desaparecido era Telica, atribuyéndose la extinción al sabor azufrado de las aguas. Unos trescientos ladinos vivían en 66 chozas, esparcidas en forma desordenada entre árboles frutales. El vecino pueblo de Quezalguaque presentaba una buena iglesia de tres naves, aunque maltratada a causa de un temblor. En su haber figuraban 26 casas, 37 familias y 165 personas entre ladinas e indias.

Posoltega y *Posolteguilla*, separadas por medio cuarto de legua, fueron también sacudidas por el terremoto del 7 de mayo de 1752, que había desplomado el arco toral del templo de la primera población visitada. La iglesia era de buen artesonado, con coro y retablos. Ambos poblados indígenas tenían 651 y 426 habitantes respectivamente.

Chichigalpa era un pueblo de cuarenta casas y unas 300 personas entre indios y ladinos. La iglesia era de paja, provisional mientras se construía otra de paredes y tejas. Estaba situado en un llano alegre, montuoso, con buena agua y clima templado, según la descripción del obispo.

Santa Ana de *Chinandega*, población grande con 241 casas y mil cien personas de confesión y comunión, presentaba una iglesia de tres naves sobre pilares, con sacristía y coro alto, paredes de cal y canto, techo de tabla y paja. Los altares lucían retablos dorados. En su jurisdicción existían nueve haciendas de ganado y numerosas sementeras.

En el vecino pueblo de El Viejo —también visitado por el obispo—vivían españoles, ladinos e indios en 356 chozas y cinco casas de tejas rodeadas de árboles frutales. La iglesia de tres naves, de cal y piedra, era el templo más suntuoso de toda la Diócesis, debido a que en él se veneraba la imagen de la Virgen de la Concepción, llevada al lugar —según certifica el obispo— por un hermano de Santa Teresa de Jesús.

La devoción profesada a la imagen, tenida por muy milagrosa por gran número de fieles y romeros, se reflejaba en la rica ornamentación de la misma y de su altar, de los cuales Morel de Santa Cruz ofrece profusa descripción:

"L...l el vestido es de tela muy rica, sembrado todo de prendas de oro, perlas y diferentes piedras preciosas; gran número de éstas sirven de realce a la corona, que es de oro delicadamente trabajada: hallase en fin de pies a cabeza tan llena de alhajas y primores, que puede competir con cualquiera de las más adornadas del orbe".

En los alrededores de El Viejo existían 28 haciendas de ganado mayor, dos trapiches, cinco obrajes de añil y doce chacras.

El puerto de *El Realejo* estaba a orillas de un llano montuoso con clima cálido y húmedo. Poseía una iglesia y dos conventos. El templo era de tres naves con paredes de cal y canto y techo de tejas. Lucía una torre-campanario con su

cimborrio, aunque lo demás de la construcción estaba bastante dañado por el terremoto antes mencionado. El resto de la población consistía en cien casas, la gran mayoría de paja; los habitantes se contaban en un poco más de trescientos. Desde la invasión de los corsarios, 67 años antes de la visita del obispo, el puerto había venido a menos y todo respiraba ruina, sin corregidor ni autoridades españolas, las que se habían retirado a vivir a El Viejo.

El puerto propiamente dicho se encontraba a legua y media, en una bahía separada del mar por un islote (El Cardón), con una entrada de ocho brazas de profundidad. La falta de viento y el peligro de encallar entre los peñascos de la isla significaban un verdadero obstáculo para la navegación. Los barcos de cierto calado no podían pasar más adentro de la bahía. Solamente pequeñas canoas lograban penetrar por los ramales del estero hasta la propia plaza del pueblo que estaba defendida por una guarnición de doscientos soldados, una estacada de palos con algunos pocos cañones y pedreros de bronce, alertada por cuatro vigías encaramados en un cerrito no muy distante.

Una importante instalación portuaria era el astillero, venido a menos como todo el pueblo. Quejábase el obispo de la poca pericia de los armadores, la falta de prácticos experimentados, la poca agilidad en el trato de las mercancías y otras cosas parecidas:

"A esto también coadyuva la inopia total que se padece de marineros: ocupan estas plazas los que jamás han navegado, ni saben acomodar justamente la carga, ni maniobrar en las embarcaciones con destreza: sucede pues que casi todas las que salen de él se pierden ignominiosamente, unas van a chocar con los bajos por no conocerlos, y otras zozobran porque la carga se disloca, y las hace ir a la banda: en efecto ha llegado el caso, de que en un puerto tan bello y espacioso como el del Realejo, no se ve una embarcación del más mínimo porte".

Después de siete meses de misionar por varios pueblos de Nicaragua regresó Morel de Santa Cruz a la sede del obispado. A excepción del seminario maltratado por el temblor de mayo, el obispo pudo constatar el progreso de algunas obras que había dejado encomendadas, como la escuela, la construcción de la nueva catedral y la casa cural. La Relación concluye con el comentario siguiente:

No hay memoria que Prelado alguno de esta iglesia haya concluido enteramente la visita de su Diócesis, ni pasado a consolar a los moradores del Castillo de San Juan, tan acreedores de la mayor compasión por el destierro y miseria que padecen. Yo, en el término de diecisiete meses, sin experimentar el menor quebranto de salud, he pisado y reconocido el más escondido rincón de

tan áspero y basto Pals y en todos los lugares he esparcido la semilla de la divina palabra".

Exceptuando el trayecto por el lago y el río San Juan, el obispo había recorrido, cargado en andas, más de 250 leguas en su visita pastoral por los pueblos de Nicaragua.

EL OBISPO TRISTÁN Y LOS INDIOS GUATUSOS

El cuarto sucesor de Morel de Santa Cruz en la silla episcopal de Nicaragua fue el obispo Esteban Lorenzo de Tristán, que ejerció su prelatura en Nicaragua entre 1777 y 1783. Al igual que aquel ilustre predecesor, Tristán también viajó por los curatos de la diócesis, aunque no dejó relato de sus visitas por los pueblos de Nicaragua. La más conocida de sus empresas fue la que intentó para convertir a los indios Guatusos del río Frío.

Estos indios vivían en la cuenca sur del lago de Nicaragua y tenían sus asentamientos principales aguas arriba del río Frío, hoy en territorio costarricense. El río —llamado por los indígenas Ukurikok— es una importante corriente que desemboca en el lago de Nicaragua muy cerca de donde éste desagua en el río San Juan. Tiene sus cabeceras no lejos, en las templadas alturas del volcán Tenorio, de modo que la baja temperatura de su corriente se conserva hasta llegar a mezclarse con las cálidas aguas del lago.¹⁹

La región inmediata a la costa lacustre donde desemboca el río Frío es pantanosa. Tierra adentro se abre una amplia llanura, antiguamente cubierta por selvas inexploradas, que llega hasta el pie de la sierra volcánica de Guanacaste, límite entre las provincias de Costa Rica y Nicaragua en el siglo XVIII.

Es probable que estos indígenas habitaran originalmente las islas del lago de Nicaragua, especialmente Ometepe y el archipiélago de Solentiname, donde todavía perduran algunas localidades con nombres guatusos como Sarren, Balgue, Guyú, Guaica, Polca, Catuliquia y Mancarrón. El cronista Cibdad Real, a finales del siglo XVI, menciona que en Ometepe se hablaba una lengua que no era el mangué ni el náhuatl. El alcalde de León (Viejo) Juan Vázquez de Coronado se había distinguido, poco antes de la conquista de Costa Rica, por haber sometido a los Guatusos de las islas Solentiname, que se mantenían en rebelión desde el tiempo cuando visitó el río San Juan el gobernador Rodrigo de Contreras. El obispo Morel de Santa Cruz menciona a los "caribes de Solentiname" que habían sido

¹⁹ La diferencia de temperaturas entre ambas aguas produce una clara corriente de fondo que el río Frío logra introducir directamente en el San Juan, el cual arranca a pocos centenares de metros de la desembocadura de aquél.

reasentados al pie del volcán Maderas. Otro obispo, el historiador del antiguo Reino de Guatemala, García Peláez, refiere que los indígenas de Solentiname todavía hablaban el guatuso en el siglo XVIII. Walter Lehmann encontró algunos de estos nombres entre las plantas del archipiélago, a principios del presente siglo.

El dialecto de los Guatusos, de acuerdo con modernas averiguaciones, está relacionado con el Corobicí, una de las lenguas habladas en Nicaragua antes de la conquista, que según el cronista Gómara era muy loada. Estaba emparentado con el lenguaje de los Botos y de los actuales Ramas, y ha sido clasificado como perteneciente al gran grupo lingüístico chibcha.²⁰

Los Corobicíes —según Doris Stone— vivieron en el suroeste de Nicaragua, (posiblemente entre Granada y Rivas), antes que las tribus de procedencia mexicana los expulsaran de las costas del gran lago. Se vieron obligados a buscar refugio en los bosques al pie de la sierra volcánica de Guanacaste, donde el conquistador Gil González encontró algunos asentamientos en 1522. Las "entradas" posteriores de los españoles obligaron a los indígenas a traspasar la cordillera y adentrarse en la espesa selva tropical que entonces existía entre la sierra y el lago de Nicaragua, donde se juntaron con los Botos, dando origen a los actuales Guatusos, según Stone.

Durante los primeros contactos entre los colonos de Costa Rica y los Botos, alrededor de 1664, se mencionan unos indios "Camaes", que vivían en el presente lado nicaragüense del río San Juan, en las tierras de La Jaén, nombre con que se conocía el territorio próximo a la salida del gran lago, aunque queda la duda de si tales eran más bien Ramas que Guatusos. Sin embargo, una cédula de la reina de España, suscrita en 1671, recomienda la reducción de unos indios, antiguos pobladores de la isla de Jaén. Se trataba de unas 50 familias que "[...] vinieron muchas leguas de distancia hacia la provincia de Costa Rica" a poblar la isla, donde se levantó una iglesia y fueron instruidos en la doctrina cristiana. No obstante, el éxito de la reducción, los salvajes se rebelaron, mataron al alcalde y al doctrinero, robaron los ornamentos sagrados y se dieron a la fuga.²¹

Todo parece indicar que aquellos indios rebeldes eran Guatusos y que la isla Jaén era una de las mayores de Solentiname, donde se podía alojar una población de 50 familias. Los esfuerzos de reconquistar a los fugitivos no tuvieron efecto pues coincidieron con la infortunada presencia de los bucaneros que

²⁰ Los pocos sobrevivientes de los Guatusos, que viven actualmente al norte de Costa Rica, se nombran a sí mismos Malecos. El origen del vocablo Guatusos, con que se les ha llamado, ha sido objeto de varias especulaciones. Algunos historiadores y viajeros aducen la razón de presentar estos indios el pelo rojito, como el pequeño roedor llamado guatusa (*Dasyprocta punctata*), lo cual no parece confirmar la realidad. Otros afirman, por haber aparecido algunos de estos indios en la loma Guatusa cerca de Esparta, sembrando el temor entre sus pobladores en el siglo XVIII.

²¹ Boletín del Archivo General de Guatemala. Tomo V. p. 18.

invadieron el río y el lago para asaltar Granada en 1665 y 1670. Temeroso el gobernador de Costa Rica de que los indios Botos que vivían en las márgenes del río San Carlos se unieran a los piratas, los obligó a desalojar el río, pero los indios escaparon y fueron a juntarse con los Guatusos.

Los intentos para cristianizar a los Guatusos tuvieron que esperar otros cien años, cuando el obispo Tristán se interesó en su conversión. Para entonces se sabía que en 1750 el cura Pedro Zepeda se había internado en el territorio de los indómitos indios por el lado de Tilarán, y reportado la existencia de más de quinientas chozas indígenas. Otro sacerdote, Clemente Adán, salió de Tenorio con el propósito de predicar en aquellos selváticos territorios, afirmándose que vivió y murió entre los Guatusos que nunca le permitieron regresar. Ahí ejerció cierta labor de cristianización, según se deduce del testimonio que en 1761 fue recogido de unos Guatusos, cogidos y llevados al pueblo de Esparza, quienes demostraron tener cierto conocimiento de la fe. El cura del pueblo decidió regresar con ellos pero los indios, una vez en la selva, lo desertaron y dejaron abandonado.²²

En 1778 otro misionero, fray Tomás López, cura de Ometepe, penetró en un bote por el río Frío hasta llegar a las plantaciones de los indios, pero los remeros huyeron a la vista de una balsa con guerreros guatusos. Cuatro años más tarde el mismo fraile, a instancias del obispo Tristán, volvió a intentar la entrada, esta vez por el lado de Tenorio hasta las cabeceras del río Frío. Después de 75 días de penosos trabajos entre selvas y ríos caudalosos regresó el fraile sin haber logrado establecer contacto con los indios.

Intrigado el obispo Tristán ante la resistencia de los Guatusos para abrazar el cristianismo, se dirigió a Ometepe y Solentiname donde alistó dos embarcaciones y fue personalmente a explorar el río a principios de 1783. Era costumbre entre los indios quemar las chozas y arrasar con las plantaciones a la vista de los invasores, internándose por la selva cada vez que éstos intentaban visitarlos.

A las dos semanas de explorar el río las embarcaciones localizaron una choza con tres pescadores, descritos como blancos y de buena estatura, que a la vista de los intrusos se dieron a la fuga. El fraile López los llamaba "[...] en el idioma de Solentiname" para que regresaran, pero sus voces no fueron atendidas por los fugitivos. Decidió luego el prelado enviar una de las canoas con cuatro frailes río arriba, en son de paz. En una vuelta de la corriente sorprendieron un indio que acarreaba plátanos y los asaba al fuego en una balsa. A la vista de los cristianos el indio saltó a tierra y se escabulló entre unas plantaciones de cacao. El fraile López lo siguió en el bote por la ribera del río, acompañado por tres

²² Ver la Historia de Bancroft, el Volumen II. p. 613-617, que trata de la América Central.

intérpretes de Solentiname. Al verse alcanzado, el fugitivo dio grandes voces y al momento apareció una banda de Guatusos que con sus flechas atacó la embarcación. El fraile se acostó en la canoa mientras sus asistentes heridos se echaron al agua y escaparon al nado. Los indios se acercaron al bote y el fraile se irguió con crucifijo en mano. Esa fue la última vez que lo vieron los intérpretes, antes de llevar la noticia a Tristán que el sacerdote había perecido en manos de los salvajes. El obispo abatido renunció a la empresa y regresó a Granada. Poco después partió para México para hacerse cargo de la diócesis de Durango.²³

Desde entonces circularon rumores sobre la bravura de los Guatusos, contándose mil historias al respecto. No obstante, el destino de los indios estaba sellado: en el siglo siguiente los colectores de hule se internaron por el río Frío con armas de fuego, robando y asaltando los palenques de los indígenas, matando a su cacique y capturando niños para venderlos como trofeos en el puerto de San Carlos, según lo constató el naturalista Thomas Belt cuando pasó por el río San Juan ochenta años después de la expedición de Tristán.²⁴

Correspondió a otro obispo, Bernardo Thiel de Costa Rica, hacer el primer contacto amistoso con los Guatusos. En la expedición que el prelado organizó en 1882 envió regalos y ofreció seguridades a los indios temerosos del vandalismo de los caucheros. Le sirvió de intérprete un indio que en la niñez había sido capturado por los huleros y llevado al puerto de San Carlos, donde luego de aprender castellano escapó para volver a reunirse con los suyos. Llegó el obispo a uno de los palenques y convenció a los indios para que entrasen en contacto con la civilización.

Los salvajes hicieron alianza con el prelado; obsequiaron a la comitiva guacales de chicha de plátano. La fruta constituía uno de sus principales cultivos, al igual que yuca, maíz, cacao, tabaco, caña de azúcar y chile. Elaboraban hamacas y redes de cabuya. Los primeros Guatusos contactados fueron descritos como robustos, ágiles y bien formados.²⁵

En el presente siglo la progresiva colonización costarricense en la cuenca sur del lago de Nicaragua, con la consiguiente destrucción irracional de la selva húmeda, despojó a los indígenas del entorno que aseguraba su subsistencia como tribu. En la región de Upala (nombre guatuso que significa "palenque"),

²³ Ver la obra de Francisco de Paula Garfa Peláez: Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala. Tomo III. p. 114-116.

²⁴ Ver la traducción del libro de Thomas Belt: El Naturalista en Nicaragua. p. 28-29. Biblioteca del Banco Central de Nicaragua, Managua, 1976.

²⁵ Ver Bernardo Thiel en Bibliografía del Capítulo.

sobreviven hoy algunas pocas familias descendientes de aquella antigua raza de bravos, en pacífica coexistencia con los colonos del norte de Costa Rica. ■